

III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

El Retomo al País Mapuche. Reflexiones Preliminares para una Utopía por Construir.

José Ancán Jara. y Margarita Calfío Montalva.

Cita:

José Ancán Jara. y Margarita Calfío Montalva. (1998). *El Retomo al País Mapuche. Reflexiones Preliminares para una Utopía por Construir. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/113>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/ymZ>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SIMPOSIO

ESTADO Y PUEBLO MAPUCHE: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS



El Retorno al País Mapuche *Reflexiones Preliminares para una* *Utopía por Construir..*

José Ancán Jara, Margarita Calfío Montalva*

Por nuestros (as) Wvnen pu xemce, desde la quietud del tuwvn, artífices del propio y aun inconcluso Regreso a la Tierra.

Preámbulo

Con toda seguridad, uno de los ejes principales del conflicto étnico subyacente en todas las actuales contiendas entre reducciones Mapuche, latifundistas y empresas privadas amparadas por el Estado chileno, es la creciente reivindicación de parte significativa del movimiento Mapuche, de una noción de *Territorio o Territorialidad*. Este emergente fundamento cultural y político primordial de todo pueblo, aparece en el presente escenario de la pugna interétnica, como una evidente superación cualitativa con respecto al espontáneo reclamo, por unas pocas hectáreas de tierras. Tal novedad discursiva, se constituye así en una especie de telón de fondo articulador de todas las actuales demandas con sentido de Pueblo, que han hecho movilizarse con singular y progresiva intensidad a una diversidad de gente Mapuche (organizada o no), mucho

más allá de las zonas rurales tradicionales.

Sin embargo, dicho concepto hasta ahora única y exclusivamente se relaciona con los deteriorados y empobrecidos espacios reduccionales de las regiones del Bío Bío, la Araucanía y Los Lagos; correspondientes a los remanentes que entre 1884 y 1927 el Estado chileno entregó, por medio de los Títulos de Merced. Son estos fragmentos territoriales, los que hoy se ven cada día más explícitamente amenazados, hasta el punto de estar en serio peligro la misma sobrevivencia y continuidad sociodemográfica y cultural Mapuche. La memoria colectiva difusa hoy apenas alcanza a entrever el *País Mapuche*, ese ancho espacio del cual nos hablan con profusión las crónicas de viajeros de mediados del siglo XIX.

A esta altura está más o menos establecido que la derrota Mapuche de fines del siglo pasado, significó un vuelco absoluto para su existencia. El sólo dato de la pérdida de más del 95% de las antiguas tierras, el arreduccionamiento y posterior disgregación

**Una versión más amplia de este artículo será publicada en el anuario del CEDM Liwen de Temuko. Lo substancial de estas notas se basan en permanentes reflexiones institucionales, así como en escritos anteriores de los autores (ver bibliografía).

*José Ancán: Licenciado en Artes. Magister (c) en Ciencias de la Comunicación. CEDM Liwen
Margarita Calfío: Trabajadora Social. CEDM Liwen (e mail: liwen@entelchile.net)

sociodemográfica, son algunos de los datos más explícitos. La existencia de población Mapuche en distintas partes del país, mayoritariamente en las zonas urbanas, con el consecuente despoblamiento y minorización en el otrora territorio, se evidencia en toda su elocuencia en los datos del censo de 1992. Queda de manifiesto que hoy el Pueblo Mapuche vive efectivamente en una situación de *Diáspora*.

Partiendo de este panorama a grandes rasgos enunciado, las notas ulteriores pretenden meditar y aportar algunos elementos para un debate necesario e indispensable. Lo serán desde una perspectiva no neutral ni cientificista, si es que puede hablarse en propiedad de neutralidad en el ámbito de reflexiones como estas, que no aspiran ni a ser originales en el tratamiento de fuentes de información y mucho menos definitivas en sus aseveraciones. En este enfoque se privilegiará una perspectiva propia, apuntando a gatillar procesos de discusión, a nuestro juicio el fin último de todo discurrir que se asume de entrada con intencionalidad política. Si algún mérito puede tener lo que sigue, lo será por esa intencionalidad, francamente asumida por quienes escriben. De esta suerte, se pretende enfocar estos apuntes en torno a esa creciente apelación reivindicatoria de una idea de *territorio*, actualmente asumida incluso por sectores Mapuche urbanos *santiaguinos*. En especial, nos interesa detenernos en lo que planteamos como la ineludible construcción de una propia y legítima Utopía de fin de siglo: la del *Retorno y Repoblamiento del Territorio propio (el País Mapuche histórico)*.

El "descubrimiento" de los Mapuche santiaguinos

Con la publicación de los datos del Censo Nacional de Población y Vivienda de 1992, por vez primera se tuvieron cifras más o menos "objetivas" acerca del número de

población indígena en Chile. No obstante lo ambigua y cuestionable que era la famosa pregunta N°16 del formulario censal, lo real es que las cifras oficiales demostraron que alrededor del 10% de la población del país se autoidentificó como Mapuche (928.060). Si bien los números del recuento resultaron sorprendidos para el público común, dado el inesperado número de población originaria que se registró; lo concreto es que los análisis en detalle de los datos han dado cuenta de una situación para la cual los entendidos en los temas étnicos no estaban preparados, esto es que, en el caso de la población Mapuche total registrada a nivel nacional, un altísimo porcentaje (409.079, un 44%) aparece residiendo en la Región Metropolitana (RM), alcanzando a la vez casi al 80% la población que a lo largo del país, habita en zonas urbanas.

Una suerte de peculiar "descubrimiento" de la dimensión urbana *santiaguina* ⁽¹⁾ o metropolitana, ha sido en los hechos una de las principales consecuencias de la etapa post censal. Las frías estadísticas, si son tomadas en su verdadero sentido, pero por sobre todo si son avaladas por cualquier observación empírica, parecieran poner en tela de juicio aquella imagen típica de los Mapuche contemporáneos, semblanza construida por algunos estudios antropológicos clásicos y ciertos sectores Mapuche: *los Mapuche son básicamente pequeños campesinos, habitantes exclusivos de las reducciones del sur*.

Un nuevo actor en los hechos – y en la incipiente teoría – ha aparecido en el escenario étnico de fin de siglo: los Mapuche urbanos capitalinos hijos (as) de la derrota de 1881 ⁽²⁾ y de la *diáspora* heredera del arduo arduo arduo, que convirtió a los Mapuche en un pueblo oprimido y sometido a un contexto integral de dominación y subordinación con respecto a la sociedad dominante. Contra lo que los dictámenes científicos pudieran afirmar, estos "últimos eslabones" de la cadena de las identidades

⁽¹⁾Para el caso que nos ocupa, nos referiremos de modo fundamental a los 409.079 Mapuche que residen en la Región Metropolitana. En este trabajo hemos optado por el concepto Mapuche urbano *santiaguino* o *metropolitano*, como una manera de precisar esta acepción. El término *santiaguinos* es de uso habitual en el habla de los sectores rurales para referirse a la parentela capitalina. Entenderemos conceptualmente por *Diáspora*, siguiendo a Marimán, Pedro (1997: 218) "la "diáspora mapuche", entendida como un flujo migratorio de carácter colectivo (un fenómeno social), no necesariamente concertado, pero con una coherencia interna, y en todos los casos provocado por factores exógenos al grupo, ha generado una dislocación de la continuidad demográfica mapuche en el hábitat histórico [...] el territorio, el país propio, que es mucho más que la tierra, entendida como un factor de producción".

⁽²⁾La fecha precisa en la que se pierde efectivamente la independencia Mapuche, en rigor también debería ser – como en tantas otras esferas – objeto de un debate esclarecedor, puntualmente desde la perspectiva de una auténtica historiografía Mapuche. Generalmente se habla de 1881 en referencia al último Malon, en noviembre de ese año. Se ha propuesto asimismo la fecha del 1º de enero de 1883, cuando se refunda Villarrica. Deberíamos tener muy en cuenta, por otra parte, que si consideramos la historia Mapuche desde una perspectiva que subvierta las actuales fronteras estatounionales chilena o argentina, hay que considerar que en el lado argentino, la resistencia Mapuche duró en los hechos hasta la rendición de Sayweke, el Lonko de Las Manzanas (actual provincia de Neuquén), el 1º de enero de 1885 en Junín de los Andes. (ver, Curruhuinca – Roux, 1986:109)

Mapuche de fines del siglo XX, son de todas maneras parte integrante del conglomerado mayor. Ello a pesar de las peculiaridades que caracterizan su desenvolvimiento cotidiano y que condicionan su existencia individual y colectiva. Los sucesivos y sutiles *enmascaramientos identitarios* (Calfío, M – Jiménez, R. 1996) que afectan a los (as) Mapuche *santiaguinos*, han convertido usualmente en "invisible" su presencia y su actuar, tanto en su medio ciudadano como en el típico discurso etnográfico que sistemáticamente tiende a ignorarlos (as). No obstante todas las fragmentaciones y quiebres posibles, urbanos y rurales encuentran en el *Origen Común* la dimensión más profunda del *ser Mapuche*. Este concepto, síntesis dialéctica de elementos simbólicos y reales, corresponde a la memoria colectiva representada tangible y concretamente en un espacio físico y en la pertenencia y reconocimiento social de todo individuo Mapuche a un respectivo linaje familiar (conceptos de *Tuwvn* y *Kvpalme* respectivamente en mapuzungun).

Dada su peculiar situación, planteamos que ante este vasto sector se está en presencia de un especial y paradigmático trance. Situados en muchos casos en las antípodas de las opciones posibles de autoadcripción étnica, es posible que un (a) Mapuche urbano (a), reelabore - con sus iguales - positivamente su identidad, transformada en conciencia étnica potenciada en muchos casos por un probable ascenso social, vía la educación formal y se transforme en estratégico para cualquier apuesta a futuro; del mismo modo como, en otros casos se asiste a la consolidación individual del proceso de disgregación y fuga identitaria diseñada por la sociedad dominante, camino, que conduce inevitablemente a la asimilación.

El Territorio Mapuche: del País de las anchas fronteras a las alambradas reduccionales.

"Pero si la población indígena de la Araucanía no parece en vías de extinguirse, si su fusión con los demás elementos étnicos no se ha consumado en la proporción que fuera de desearse, en cambio, ha dejado definitivamente de formar un todo compacto, una nación con sus "fronteras" definidas, como lo fue hasta hace un

cuarto de siglo. Los 101.118 araucanos viven diseminados entre la población civilizada de seis de las provincias más ricas de Chile. Echando una ojeada rápida al censo indígena, se verá que sólo en un departamento, en el de Imperial, forman los araucanos la mitad de la población y que no hay en la República la más pequeña proporción de territorio que esté poblada exclusivamente por ellos.

La conquista y ocupación de la Araucanía han terminado, sin traer consigo el aniquilamiento de los vencidos. Ninguna solución de la larga contienda de tres siglos, pudo ser más deseable que ésta⁽³⁾.

En los últimos tiempos algunos sectores concientes del movimiento Mapuche, han ido asumiendo o reinterpretando una serie de conceptos o fenómenos históricos que están posibilitando tener una lectura más adecuada de la realidad. Se ha ido generalizando el uso de ideas como *Autonomía*, *Autodeterminación* y *Territorio*, entre otros. Pese a que obviamente, no todos los actores del movimiento Mapuche están de acuerdo en los contenidos específicos de estas ideas, lo importante es que a la luz de las movilizaciones actuales, dicha superación cualitativa se encuentra ante un terreno fértil y propicio para que, más que mero discurso, pueda efectivamente construirse y socializarse.

El concepto de Territorio aparece como uno de los pilares basales sobre los que descansa el entramado mismo de todo Pueblo. Es el suelo al que naturalmente cada colectividad aspira tener en propiedad para asegurar su propia sobrevivencia y reproducción como conglomerado. Ésa es la tendencia universal, que permite tanto la persistencia como el riesgo de desaparición física de entidades completas, cuando los intereses de dos pueblos coexisten en un mismo espacio. ¿De qué otra forma podrían explicarse el sinnúmero de violentos conflictos que hoy se manifiestan en múltiples rincones del mundo?. A la secuencia lógica de la ocupación de un territorio conquistado por la guerra, siempre sigue la política persistente ("limpiezas étnicas" incluidas) de producir el recambio demográfico poblando esos espacios con elementos ajenos al pueblo vencido. Siendo esto así de patente y usual, también lo son las reacciones de rechazo con que los Estados de tipo centralistas y expansivos (antes o ahora), exteriorizan cada vez que las denominadas "minorías étnicas" que viven en su interior manifiestan sus derechos políticos y territoriales.

⁽³⁾ Comisión Central del Censo "Población indígena según el censo de 1907". En informe Proyectos de Ley, Actas de Sesiones y otros antecedentes. Santiago de Chile, (1912: 201-204).

Hoy en día casi el 80% de la población Mapuche está fuera del Territorio histórico (el País Mapuche), si por ello entendemos a "una nación con sus fronteras definidas". Aquel espacio ha sido desde entonces sistemáticamente intervenido y repoblado. Los criterios en juego desde entonces son claros, y lo que es más importante y trascendente: fueron planificados con pautas evidentemente geopolíticas, como queda de manifiesto en el citado epígrafe. La estrategia del *despoblamiento* y *minorización* del pueblo originario, ejercitada como mecanismo privilegiado de asentamiento y control político definitivo de un territorio sometido, es práctica común en toda época y lugar.

Esto es tan así que, en rigor no podría decirse que en estos momentos prevalece un *Territorio Mapuche*, controlado política y administrativamente por algún tipo de autoridad autogenerada y consensual. Lo que hoy existe, políticamente hablando, es un conjunto de tierras más o menos dispersas, en un mayoritario porcentaje sucesoras de los Títulos de Merced entregados como disfraz no demasiado sutil del despojo de fines del siglo XIX. Es en estas zonas con números variables pero aún importantes de población originaria, en las que se cierne hoy, por una parte la amenaza mayor del despojo definitivo; pero por otra, el trance pertinente que a fuerza de demanda directa y franca, está permitiendo comenzar paso a paso a plantear una eventualidad que debería avizorarse mucho más allá de la restringida perspectiva de los minifundios rurales y de la desintegración sociodemográfica.

La pregunta de fondo sigue en pie, más si lo pensamos desde el punto de vista geopolítico. Hoy todos hablan de Territorio, que aparece en cuanto a su demanda por parte del conjunto del movimiento Mapuche actual (urbano y rural), como una de las más grandes "novedades" discursivas de este tiempo. Pero ¿a qué correspondería en la práctica ese Territorio que con tanta fuerza se reivindica hoy día? ¿Son sólo las reducciones heredadas de la derrota de fines del siglo pasado? ¿Se incluye exclusivamente a los núcleos poblacionales (comunales o sectores) demográficamente importantes hoy, incluyendo las zonas urbanas? ¿Todas las tierras desde el Bío Bío al sur? ¿Se abarca también en la demanda las tierras del Puel Mapu?

Tratar el asunto del Territorio Mapuche a contar de lo rigurosamente histórico, presenta una serie de aristas que no son de fácil resolución, más cuando este punto no ha sido tratado en profundidad. Al contrario de lo que sucedió con otros pueblos indígenas americanos, luego del contacto con los invasores europeos, la sociedad

Mapuche experimentó un proceso de cambio y expansión sociocultural que la transformó profundamente. Uno de los más importantes hitos conocidos fue el alzamiento de fines del siglo XVI comandado por el Toki Pelentaro, que como se sabe culminó con el despoblamiento de todos los poblados que habían fundado los españoles al sur del Bío Bío. Las consecuencias de este hecho alcanzaron hasta el Parlamento de Kilín en 1640, en que explícitamente se reconoció la frontera norte del Bío Bío, manteniendo en los hechos este estatus hasta mediados del siglo XIX.

El período de más de dos siglos que medió entre el establecimiento de aquella frontera y la ocupación militar argentino - chilena del País Mapuche, entre otras cosas estuvo marcado por la expansión territorial hacia las Pampas transandinas. Un fuerte dinamismo y movilidad constante, en gran medida merced a la "conquista" del caballo, caracterizó dicha etapa. Las continuas incursiones hacia y desde el Puel Mapu, obedientes a múltiples razones fueron asentando en esas zonas una presencia significativa.

El poblamiento y *mapuchización* de las Pampas, es una labor que está claramente pendiente. Por ahora, lo que nos interesa es detenernos en las implicancias que para las actuales demandas territoriales Mapuche tiene percatarse que ese País Mapuche al que hemos hecho alusión, tiene un argumento histórico absolutamente fidedigno y fundacional para toda alusión al tema que se haga actualmente. Esto incluso si se restringe, como en realidad (bien o mal) todos hacemos, ese País a las actuales fronteras nacionales de Chile o Argentina.

De la porción ahora chilena del antiguo territorio - el Gulumapu - todas las alusiones históricas conocidas dan fe de la perdurabilidad de la frontera del Bío Bío. El testimonio del viajero, Edmond Reuel Smith, quien en enero de 1853, se internó tras la "frontera araucana", por ejemplo dice claramente de que en esa fecha el poblado de Nacimiento (un poco al sur del Bío Bío) se encontraba "dentro de territorio indio". Sin embargo es el célebre relato de Pascual Coña, el que nos presenta la más sugerente versión:

"En tiempo antiguo había cuatro tierras aliadas (Meli Wichan Mapu): una del norte que comprendía Kañete, Paikaví, Kidiko, Pangeko; otra se extendía de Boroa (Forowe) hacia la Cordillera; otra de San José hacia el sur y la cuarta, este Gulumapu desde Imperial acá.

Cada vez que representantes de estos aliados venían por acá, había grandes reuniones de paz o de guerra." (Coña, P. 1995: 125)

Lo concreto es que en lo que respecta a la Araucanía

actualmente chilena, al momento de ser ocupada militarmente, a grandes rasgos comprendía de norte a sur, las tierras situadas entre las actuales provincias de Bío Bío, y Llanquihue. Subyacen nítidas desde una legítima mirada intracultural las amplias significaciones del concepto evocado por Coña, - el *Meli Wichan Mapu* - idea que si la extrapolamos y asumimos desde lo geopolítico y la confrontamos con los datos de nuestra actualidad, nos proporciona a nuestro juicio, un eficiente referente para comprender la esencia de una noción funcional y eficiente de Territorio Mapuche. El espacio ocupado y arrebatado efectivamente a sus legítimos dueños, a contar de la década del 60 del siglo pasado, aparece en estos días reflejado en la rotunda contraposición de las disputas territoriales de antes y de ahora, como el elemento base de toda reivindicación con un mínimo sentido de futuro.

A la luz de los antecedentes esgrimidos, cabe entonces interrogarnos acerca del lugar concreto que la población Mapuche *santiaguina*, tiene dentro de esta noción de Territorio. Para una perspectiva político - territorial real y aceptable, es evidente que la RM, así como cualquier región del país que no esté contemplada en los límites históricos insinuados, no corresponden a una idea de Territorio Mapuche viable políticamente. Por más que históricamente a la llegada de los españoles, la zona central de Chile, fuera también parte de un área de influencia cultural Mapuche, situación que la toponimia patentiza hasta nuestros días; lo cierto es que ya desde los primeros años de la llegada de los europeos, factores como la situación de guerra declarada, las encomiendas y efectos colaterales produjeron un repliegue masivo de población autóctona más al sur del Bío Bío.

Más que los antecedentes históricos, es la elocuencia del balance exhibido por la compleja y siempre dinámica ecuación territorio/peso demográfico, evidenciada por el censo del 92, lo fundamental hoy. La diáspora es un dato de la causa, pero pese a todo es en los contornos de la actual Región de la Araucanía más algunas zonas de las regiones contiguas (por desperdigadas que estén), donde comparativamente sigue viviendo el núcleo más significativo de población Mapuche, en relación con el resto de la población (26% en la Región de la Araucanía, 10.08 en la del Bío Bío; y 10.10% en la de Los Lagos). Si son o no *todas* las tierras desde el Bío Bío hacia el sur (sin precisar además cuál sería el preciso límite austral de ese espacio), es sólo uno de los componentes a discutir y construir de aquí en más.

Resulta claro además, que desde nuestra perspectiva se debe poner en cuestionamiento el orden territorial que

hoy administrativamente impera, considerando que esa distribución (la división en regiones) es muy reciente y por lo demás arbitraria cuando la comparamos con la versión ancestral. Al hablar de las regiones en las que existen no sólo las reducciones, sino que una población significativa en las zonas urbanas, estamos en la parte sustantiva del País Mapuche histórico. Esa población urbana que está dentro de este territorio, sobre todo la que vive en la ciudad de Temuko y otras ciudades y pueblos de las citadas regiones, no obstante que pudiera ser víctima de similares procesos que los del resto del país, está desde todo punto de vista *dentro* de aquel territorio referido. Imprescindiblemente el País Mapuche que imaginamos, hoy sería probablemente menor que el *Meli Wichan Mapu* rememorado por Pascual Coña después de la derrota de hace 114 años, pero con seguridad mucho más ancho y extenso que los constreñidos límites reduccionales actuales.

Una Utopía

con los pies puestos en la Tierra

"Ellos [los Mapuche urbanos] viven una situación de total marginación del resto de la sociedad, no tienen nada, sólo su apellido. Se han ido dando cuenta de que no hay nada que hacer en Santiago, y que tienen que volver. Pero para que vuelvan hay que preparar el espacio, hay que ganar espacios".

(Juan Carlos Reinao, dirigente Mapuche: Revista Ercilla N° 3.107, 22 de marzo de 1999, pág. 22).

"...únicamente los pueblos que constituyen mayorías nacionales en sus respectivos territorios están en condiciones de aprovechar íntegramente su autonomía nacional política." (Ber Borojov, 1979: 164)

La presencia Mapuche en ciudades, especialmente la capital chilena es de antigua data, pues ya a comienzos de la década del 60 algún antropólogo podía teorizar acerca de mecanismos y estructuras de transición en el traslado Mapuche desde los campos a las urbes. Está comúnmente establecido que las migraciones Mapuche con destino a las ciudades, son una consecuencia directa de la creciente fase de empobrecimiento y minifundización de las escasas tierras rurales desde principios de siglo. La migración de por lo menos un miembro de cada familia campesina, aparece antes y ahora como un mecanismo de mantención mínima del uso de esos escuálidos terrenos. Puede que en definitiva los elementos gatilladores de las migraciones y las características temporales, etáreas o de género pueden haber evolucionado en este lapso de tiempo, pero lo

concreto es que hoy prácticamente no existe familia rural que no tenga parientes residiendo permanentemente en la RM, zona que desde los comienzos de las migraciones, es el destino mayoritario.

Algunos integrantes del movimiento urbano de Santiago y algunos analistas externos plantean, que en la ciudad se estaría inaugurando un nuevo proceso identitario Mapuche. Se justifica dicho fenómeno afirmando por ejemplo que Santiago formaba parte del antiguo territorio Mapuche, a la llegada de los españoles. Algunos autores hablan incluso de procesos de "re-etnificación" surgidos alrededor de la recreación de manifestaciones culturales religiosas (Curivil, R. 1994:10). Muestra concreta de semejante desarrollo se manifiesta en el surgimiento en la capital de una gran cantidad de organizaciones étnicas de todo tipo, las que en estos momentos quizás se encuentran con mejores niveles de organización y actividad, que en cualquier otra parte de Chile.

Sin querer restar importancia a dichos procesos, absolutamente válidos y desafiantes, es plenamente necesario y cada vez más imperioso tratar de responder a la gran pregunta acerca de si verdaderamente es posible o viable - como algunos, desde dentro y fuera del movimiento sostienen - una proyección sociopolítica Mapuche en la RM o en cualquier zona del país (urbana o rural), que esté fuera de los límites del País Histórico sugerido. Esta cuestión, exige antes de todo poner en tela de juicio, en tanto estrategia global, las migraciones hacia la capital, las que no se han detenido. Todavía hasta nuestros días, trasladarse en dirección a la capital, mucho más que ser casi la única posibilidad de cambio de las apremiantes condiciones de la vida rural; se ha convertido en una apuesta institucionalizada que supera en mucho cualquier simple decisión individual. La duda es si pese al aparente cambio en las condiciones sociales, este tránsito puede presentarse como una aventura lo suficientemente "exitosa", como para plantearse como una salida política común. Más si según todos los datos disponibles (objetivos y cualitativos), el grueso de la población Mapuche Santiaguina se encuentra residiendo en los sectores socioeconómicamente más deprimidos y marginales de la ciudad.

Todo tiende a demostrar que aquella hipotética resolución favorable de las identidades étnicas construidas en la diáspora, no alcanza en rigor para transformar aquellas respuestas individuales o medianamente compartidas, en soluciones con sentido de Pueblo. La disgregación demográfica y política es mucho más que números más o menos cuando ella afecta de lleno toda posibilidad de construir relaciones interétnicas simétricas entre dos o

más colectividades, cuando una de ellas es minoría dentro de un territorio.

La experiencia mundial tan dramáticamente presente en estos días, indica lo fundamental que es la determinada correlación demográfica en un territorio compartido. Si hoy es hasta "peligroso" asumirse en plenitud Mapuche en cualquier rincón de Chile, lo es superlativamente menos - nacionalitariamente hablando - donde se tiene menor visibilidad, donde los iguales no se perciben inmediatos o cercanos. Claramente: no es lo mismo ser Mapuche urbano en la Región Metropolitana o en cualquier Región alejada del territorio o País histórico Mapuche, que en Temuko, Victoria, Lumako o cualquier ciudad dentro de esos márgenes.

Incorporar a un debate realidades o conceptos no asumidos, o que existen sólo como posibilidades, significa necesariamente incorporar el argumento de la utopía, entendida ésta como las ideas o aspiraciones colectivas de un grupo que trascienden a la realidad concreta y encuentran su principal sustento y practicabilidad en el tiempo real de la historia y las experiencias acumuladas. Pese a que se dice por todas partes que las grandes utopías político/sociales, están en franca retirada, creemos precisamente que al Pueblo Mapuche en su conjunto le está haciendo falta una (o varias) utopía que supere el tiempo cotidiano y quizás al de un par de generaciones más. Una de esas Utopías, se trata ni más ni menos que de la reconstrucción conceptual y política del Territorio Histórico o País Mapuche factible para la proyección colectiva futura como Pueblo. Los (as) *santiaguinos* es claro, tienen un rol que cumplir ahí, pero para que esto sea cierto, es imprescindible dar una radical vuelta de tuerca a la diáspora y sus multiformes consecuencias.

La Utopía de la construcción de País Mapuche, tiene un camino en su inicio de doble entrada; ambas opciones orientadas a la larga en una sola dirección, que es revertir la minorización demográfica en el territorio histórico. La primera senda es algo que no es novedad, frenar las migraciones, tratando de retener con nuevas políticas a la población especialmente a los sectores juveniles. Ante esto la pregunta que surge es si, en las actuales condiciones es posible coartar semejante estrategia, la casi única posibilidad de ingresos económicos de familias enteras. Contiene mayor originalidad y reto a nuestro modo de ver, el segundo acceso que pasa por revertir la diáspora planteando derechamente el repoblamiento del País Mapuche a través del retorno sostenido de sectores *santiaguinos* a este territorio.

Pero, ¿Será posible o siquiera imaginable soñar con un

retorno masivo de Mapuche santiaguinos a aquellas zonas rurales de más alta densidad poblacional originaria, cuando estas tierras menguadas no pueden contener ni a sus propios habitantes?. Claramente es en estas áreas donde se halla el cimiento de la identidad y los referentes socioculturales sobre los que descansan casi todas las reivindicaciones Mapuche contemporáneas, eso nadie lo puede negar; pero asimismo tampoco habría de aceptarse fácilmente que una propuesta de retorno al territorio propio quede ceñida sólo a una salida de tipo romántica o culturalista, que enclaustre toda aspiración territorial a ese simple ámbito. El concepto "comunidad Mapuche", entendido sólo en su acepción antropológica de núcleo cerrado y atemporal, refugio de toda expresión cultural "pura", a veces hace olvidar que en su estrechez esas "comunidades" no son otra cosa que las reducciones. El desafío que queda abierto a la elaboración de la Utopía, empieza precisamente por ir más allá, por ahora siquiera teóricamente, de esos márgenes impuestos.

El espacio histórico a repoblar, que tiene sentido y perspectiva plena es donde aún se poseen los más favorables porcentajes de población originaria. El País Mapuche que está por reconstruir está contenido en ese pretérito territorio histórico aludido, no importa que hoy hayan ciudades o campos encima de él.

Resulta doblemente curioso que la emergencia de un movimiento urbano Mapuche más o menos importante, se haya visto circunscrito en los últimos tiempos a la RM cuando, en primer lugar existe población Mapuche dispersa en todas las grandes ciudades de Chile y sobre todo, porque la ciudad donde la presencia originaria es mayormente visible y emblemática es precisamente Temuko. Desde la creación de la primera organización no tradicional de este siglo en 1910, la capital regional se ha constituido en el centro irradiador de la gran mayoría de la vida organizacional Mapuche. Pero, hasta ahora, todas las expresiones creadas se han transformado en difusoras en exclusiva de un discurso de tipo campesinista y en apelación directa a la base reduccional.

Temuko es - o exige ser - en gran medida la capital del País Mapuche, pero por extraña coincidencia el lugar no ha generado dinámicas organizacionales con un discurso y accionar urbanos propios, tal como en la capital. La cara Mapuche de la ciudad se asocia sólo a los campesinos que transitan a tranco raudo por el sector

de la feria Pinto, el terminal rural y sus calles aledañas. El movimiento "formal" se ha olvidado muy fácilmente que ésta y casi todas las ciudades del país histórico crecieron sobre territorio tradicional Mapuche, cuando uno a uno, a medida que avanzaba y se consolidaba la ocupación, se fueron emplazando los fortines militares alrededor de los cuales crecieron los poblados actuales. El país a repoblar y a *mapuchizar* para los sectores urbanos *santiaguinos* dispuestos al retorno, como apuesta inaugural de sentido político global, no puede tener como dirección obligada las zonas rurales, a excepción de que se trate de resoluciones singulares. El destino natural de semejante inmigración, se impone que sean las ciudades dentro de ese territorio histórico, especialmente dada su importancia como polo estratégico, Temuko. No obstante nuestra utopía, por más quimérica que sea, no debe permitirse ser ingenua. Retornos masivos a este territorio, no son realizables si el movimiento no genera primero las condiciones materiales y simbólicas para que esto sea posible. Un paso previo insalvable - que es también parte de ella - es que las diversas expresiones orgánicas Mapuche cuestionen cara a cara sus planteamientos y pongan en tela de juicio, no sólo a los prejuicios conocidos, sino que a toda una serie de discursos y autoimágenes que se han generando para complacer a sectores interesados en ver exclusivamente a los Mapuche que ellos quieren ver⁽⁴⁾.

No se trata ciertamente de negarle el protagonismo indiscutido que tienen en las demandas Mapuche contemporánea las reducciones. Se trata que para ganar espacios nuevos de cualquier tipo en un territorio masivamente enajenado, es menester una atinada mezcla de amplia decisión política constituida con un grado notable de sustentabilidad económica y sociocultural. Hay que ir abriendo silenciosamente los accesos para que una determinación en principio individual, se vaya de a poco trocando en decisiones colectivas que beneficien a la larga a todos, urbanos y rurales. Si un profesional urbano retornado (los "últimos eslabones") conquista un espacio y se *visibiliza* como Mapuche en una ciudad dentro del territorio, es muchísimo más influyente en términos étnicos que si lo hiciera con las mismas armas y la misma preparación en una reducción.

No se puede desconocer, sin embargo que tal como hemos insinuado antes, justamente el sector más

⁽⁴⁾Los Mapuche "patriotas"; los "guerreros"; los "revolucionarios"; los "místicos"; los "ecologistas", etc.

propenso a la alienación y de hecho alejado de los principales referentes étnico culturales y del movimiento Mapuche organizado, son los profesionales Mapuche hijos (as) de migrantes de origen urbano, especialmente *santiagüinos*. Es en este sector, donde las consecuencias últimas de la derrota de fines del siglo XIX, han repercutido con mayor dureza. Los sucesivos enmascaramientos identitarios, generalmente heredados de la traumática experiencia de vida de sus padres migrantes, han delineado en estas personas la aparición de una identidad étnica construida a partir de la fragmentación y del solapado cuadro de discriminación. Esas semi borrosas memorias individuales surgidas en el trasplante, se han corporeizado de alguna manera en la recurrente estrategia del camuflar los rasgos evidentes del ser Mapuche, con el resultado final de la aparición de múltiples expresiones concretas o sutiles de manifestación de identidad étnica Mapuche urbana.

En lo grueso, tales procesos han podido o están en proceso de ser reconstruidos por la teoría. El ascenso a niveles importantes de *mapuchidad*, desde la identidad conflictuada o enmascarada, la adormecida o pasiva, hasta la conciencia activa, implica en el caso de los urbanos en particular esfuerzo de rearticulación de los lazos rotos con su lugar y su linaje, pero por sobre todo, el surgimiento y consolidación de un vigoroso nivel de *conciencia étnica* (Obieta, J. 1989: 43). Proceso substancialmente complejo y enrevesado, dado el marco general en el que está inserto, indudablemente resulta menos difícil de solventar positivamente cuando los caminos de reencuentro con dicho origen, se resuelven de cara a un colectivo social de iguales.

Potencialmente, las organizaciones Mapuche "formales" están llamadas a convertirse en referentes facilitadores, no sólo de los conflictos de identidad que se dan en sectores urbanos, sino que idealmente afirmar el cuerpo sustantivo de nuestra utopía; sin embargo su labor muchas veces ha quedado restringida a una especie de reproducción a escala de ciertas manifestaciones culturales tradicionales. Una suerte de exagerado culturalismo, entendido como una mistificación de ciertos aspectos que al no ser práctica social habitual en las grandes urbes resultan idealizados, han transformado sus discursos en códigos rituales sólo para iniciados. La apelación territorial de dichos referentes usualmente queda restringida, sino a una reclamación siempre idealizada de las zonas rurales vistas como una especie de "paraíso perdido", a un enunciado genérico y presuntuoso de territorialidad.

Las dinámicas organizacionales citadas, siendo efectivas

en una primera etapa de acercamiento y valoración de la cultura propia, tocan techo cuando esas identidades enmascaradas se transforman, por caminos diversos, en conciencias étnicas activas que dejan de ser respuestas individuales y buscan acoplarse en manifestaciones políticas colectivas. Sucede demasiado a menudo que en miembros de organizaciones santiagüinas, que están en trance de ascenso social por su acceso a la educación formal, ese trayecto queda interrumpido a medio camino y no cristalice en nada constructivo. Destino seguro de muchos profesionales Mapuche urbanos, que alguna vez militaron en organizaciones étnicas, la intrincada maraña social tejida por un mundo ajeno, los hace alejarse de todos los referentes identitarios en la misma medida en que se suben los peldaños de la escala social que el sistema les pone por delante. Ahí, lo más probable es que sus nuevas ambiciones ya no encuentren sintonía plena con la mayoría de los discursos y los estilos organizacionales imperantes.

Todo proceso de desarrollo identitario, en particular los que se dan en un contexto político territorial desfavorable, sólo están en posición de reafirmarse y traducirse socialmente en la pertenencia explícita y abierta a un colectivo social reconocible y objetivable, tanto para sus propios miembros como para los *otros*. Esa es la cláusula previa obligatoria para toda propuesta Mapuche que se plantee con sensatez revertir la situación demográfica actual. Las sucesivas estrategias de enmascaramiento y de fuga identitaria que la diáspora ha diseñado para la sociedad Mapuche contemporánea, en particular la *santiagüina* son apuestas jugadas a favor de la impersonalidad y al aislamiento social de cada uno de sus miembros, atajo que conduce indefectiblemente sino hacia la asimilación, hacia el condicionamiento de la mayor parte de los actos en función de las ofertas y demandas diseñadas por la sociedad dominante.

Breton sostiene con acierto que para que los grupos étnicos alcancen equilibrio y armonía en su relación con otros, necesitan conjugar adecuadamente cuatro factores complementarios y correlativos: peso numérico, poder político, poderío económico y prestigio cultural. Un pueblo disgregado y minorizado en todos los lugares donde habita, tiene pocas posibilidades de influir y pesar como tal. Puede que uno de los factores nombrados sobresalga puntualmente del resto, merced a la conjugación de una serie de factores más o menos casuales, como el prestigio cultural. Sin embargo, si este elemento no se da junto con los otros, principalmente cuando se es minoría, tendremos sólo una cultura anclada para siempre en ser folklore o turismo complaciente y

entretenido para la sociedad dominante. No resulta extraña la extrema ambigüedad con que pueden aparecer los discursos que exacerban o confunden la reproducción cultural autónoma, con una mera réplica automática y sin control de determinadas manifestaciones culturales aisladas⁽⁵⁾. Cuando el colectivo de iguales está fragmentado y apartado en cualquiera de sus sentidos, adquieren protagonismo las diversas facetas del sectarismo, una de cuyas expresiones son los alegatos que dividen a los miembros del grupo entre más y menos "puros". Es bastante probable que aquella indiscutida intangibilidad de la tradición cultural "dura" y atemporal, asumida como exclusivo último refugio de lo Mapuche, no lo sería en igual medida en una distinta realidad demográfica y política. No deberíamos olvidar que todo pueblo va seleccionando sus tradiciones de acuerdo a su momento histórico concreto, y que en cualquier caso hay muchas tradiciones Mapuche de la época independiente que hoy serían impracticables o por lo menos no consensuales. Está comprobado que a la hora de la represión, a la sociedad dominante poco le importa quien es más o menos "tradicional".

Más de ochocientos mil Mapuche desperdigados lejos de su territorio histórico, de ellos el medio millón de Mapuche metropolitanos son una cantidad importante, sin embargo todo indica que así como poca incidencia concreta tiene semejante volumen demográfico en las zonas donde se asienta, para los sectores más concientes de estas lugares, no puede bastar con la apelación territorial situada en una especie de vacío conceptual. El reto mayor de estos tiempos, a la par de la movilización por la exigencia de los derechos colectivos, es condensar en una forma adecuada (un referente político, tal vez) aquella superación cualitativa de la cual hablábamos al comienzo de estas reflexiones. Cualquier demanda por derechos de este tipo, autonomía en cualquiera de sus formas, por ejemplo, no tendrá piso firme si no se pone por delante el tema demográfico, tal cual plantea Borojov, para el caso judío. De tal manera como ese proceso en los hechos está exigiendo a la ciencia antropológica a replantear sus preceptos clásicos en relación al tema, los protagonistas directos: el Pueblo Mapuche en su conjunto, puede y debe ir un paso más allá. Una posibilidad cierta para el movimiento Mapuche santiaguino, sujeto protagónico de la diáspora, es

incorporarse de verdad a ese País Histórico.

Bibliografía

- Ancán, José. "Los urbanos: un nuevo sector dentro de la sociedad Mapuche contemporánea", en Pentukun N°1, Instituto de Estudios Indígenas, UFRO, Temuko, Chile, 1994.
- "Voces y rostros tras las máscaras y los enmascaramientos: los Mapuche urbanos", Ponencia presentada en el II Congreso Chileno de Antropología, Valdivia, 6-10 de Noviembre de 1995.
- Borojov, Ber. "Nuestra plataforma", en Nacionalismo y lucha de clases (1905 - 1917). Ediciones de pasado y presente, México DF, 1979.
- Breton, Roland. Las Etnias Editorial Oikos-tau, Barcelona, España 1983.
- Calfío, Margarita - Jiménez, Rosa. "Juventud Mapuche Urbana: un acercamiento a la configuración de su identidad étnica". Tesis para optar al Título de Asistente Social, Universidad Tecnológica Metropolitana, Santiago, 1996.
- Comisión Central del Censo. "Población indígena según el censo de 1907". En informe Proyectos de Ley, Actas de Sesiones y otros antecedentes, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1912.
- Coña, Pascual. Testimonio de un Cacique Mapuche, Pehuén Editores, Santiago. 1984.
- Curruhuinca-Roux, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.
- Sayhueque el último cacique, señor de Neuquén y la Patagonia. Curivil, Ramón. Los cambios culturales y los procesos de re-etnificación entre los Mapuches urbanos: un estudio de caso. Tesis para optar al Grado de Magister en Ciencias Sociales mención Cultura y Religión, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 1994.
- Guevara, Tomás. Últimas familias y costumbres Araucanas. Imprenta, Litografía y Encuademación Barcelona, Santiago 1913.
- Instituto Nacional de Estadísticas. Resultados Oficiales: Censo de Población y Vivienda 1992 Santiago de Chile, 1993.
- Marimán, Pedro. "La Diáspora Mapuche: una Reflexión Política", en LIWEN N°4, Anuario del Centro de Estudios y Documentación Mapuche Liwen, Temuko, junio de 1997, pp. 216-223.
- Obieta, José de. El Derecho Humano de la Autodeterminación de los Pueblos. Edit. Teknos, Madrid, España, 1989.
- Revista Ercilla. "Mapuches en pie de guerra", N° 3.107, 22 de marzo de 1999, pp. 20-23.
- Reuel Smith, Edmond. Los Araucanos. Notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional. Colección de Autores Extranjeros, relativos a Chile, Imprenta Universitaria, Santiago, 1914.

⁽⁵⁾Las tradiciones culturales "duras", lo mismo que son plenamente eficientes en su rol de reproducir y proyectar uno de los fundamentos de la lucha nacionalitaria de un pueblo, pueden también ser susceptibles de ser hábilmente manipuladas y desvirtuadas por el poder de la sociedad dominante o del Estado opresor. A la hora de ganar el favor de los "buenos Mapuche", autoridades y candidatos participan complacidos en ceremonias religiosas y hasta bailan purrún con los atuendos típicos regalados generosamente por las autoridades tradicionales Mapuche.